

pía su labor para mirarla por encima de unos enormes anteojos que llevaba puestos.

—¿Qué quieres comprar?— preguntó la oveja.

—No sé— contestóle Alicia muy amable—. Antes me gustaría, si es que puedo, dar un vistazo alrededor.

—Puedes mirar lo que tienes enfrente y lo que hay a ambos lados, si gustas— repuso la oveja—, pero lo que se llama alrededor, no puedes..., a menos que tengas ojos en el cogote.

Pero como no los tenía, se conformó Alicia con volverse, y examinó todos los estantes.

La tienda estaba llena de toda clase de objetos curiosos, pero lo más raro era que, dondequiera que mirara, el estante observado estaba siempre vacío, y los demás abarrotados de chucherías.

—¿Siempre corren de este modo las cosas aquí?— preguntó al fin la niña con voz quejumbrosa, luego de perseguir en vano algo que brillaba y que unas veces era una muñeca, otras convertíase en un costurero, pero que siempre trasladábase al estante de más arriba—. Y ésta es la más odiosa de todas... pero te diré que... —agregó de pronto asaltándole la mente una repentina idea—. ¡Lo voy a perseguir hasta el último rincón. Supongo que no se irá por el techo.

Pero supuso mal. La «cosa» se corrió hasta el techo sin ningún ruido ni ceremonia, como si estuviese ya acostumbra a esa clase de paseos.

—¿Eres una chica o una peonza?— preguntóle la oveja agarrando otro par de agujas—. Me vas a aturdir si sigues rodando de ese modo.

La oveja tejía ahora con quince pares de agujas a la vez, y Alicia no pudo disimular su sorpresa al darse cuenta de tal novedad.

—¿Cómo puedes trabajar con tantas agujas?— le

preguntó la niña atónita—. Tu labor parece un puerco espín, con tantas púas.

—¿Sabes remar?— preguntó, a su vez, la oveja, y le entregó un par de agujas sin contestar a su pregunta.

—Un poco— dijo Alicia—, pero no en tierra y con agujas...

No pudo terminar la frase. Las agujas convirtiéronse en un par de remos, la tienda en un pequeño bote que se deslizaba por un río, y no tuvo más remedio que hacer lo que pudo.

—¡Vuela!— gritó la oveja agarrando otro par de agujas.

Esto no lo tomó Alicia como una observación, y sin molestarse en contestarle, seguía dándole a los remos.

—Algo muy raro pasa con el agua— pensó al sumergir en ella los remos, lo cual hacía con presteza, pero encontraba mucha dificultad al levantarlos.

—¡Vuela! ¡¡Vuela!!— repetíale la oveja proveyéndose de más agujas—. En seguida vas a pescar un cangrejo.

—¡Un cangrejo!— pensaba Alicia alborozada—. ¡Uno chiquito, me gustaría!

—¿No oyes lo que te digo?, ¡vuela!— insistió la oveja con enojo; tenía un nuevo puñado de agujas en la mano.

—¡Claro que lo oigo! Lo has dicho como veinte veces y bastante fuerte... Por favor..., ¿dónde están los cangrejos?

—¡Dónde van a estar! ¡En el agua!— contestó la oveja clavando agujas en la lana, pues las manos ya no le daban abasto—. ¡Vuela, te digo!

—¿Por qué me dices «vuela» tan a menudo? ¿Te figuras que soy algún pájaro?

—Claro que lo eres. Eres un pequeño cisne.

Esto ofendió un tanto a Alicia, quien por unos mo-